

Volver la espalda á tu infelice s61io;
 Contra tí el cielo está, teme su juicio.
 »El hizo descender la confianza
 A las armas de España, y al presidio
 De Santa-Fe se acogen, que en tus tierras
 Levantan ya los españoles mismos.
 »De allí no faltarán (que son constantes
 Y religiosos son) hasta rendiros
 A la penosa angustia del asedio
 O al destroz sangriento del cuchillo.»
 Discurrió un sudor frio por los miembros
 Del Monarca á esta voz; lloró cautivos
 Sus vasallos en tráficas refriegas,
 Y vió en sus torres ya á sus enemigos.
 Ríndese á tantos males, y llamando
 A Abulcaçin, su alcaide, «Al fin perdimos
 Nuestro reino, le dice, y nuestra patria.
 ¡Oh patria, oh compañeros, oh destino!
 »Cobré para esto el usurpado trono?
 ¡Cuánto mejor, ilustres granadinos,
 Hubiera sido que Abohardil (1) reinase,
 Aunque perverso, aunque traidor é inicuo!
 »Cuánto mejor que él, que manchó su fama
 Con el crimen de injusto fratricidio,
 Derramase, enemigo de su sangre,
 Junta con la piel padre de del hijo!
 »Cuánto mejor... Mas ¡ay que ya no es tiempo
 De tanta reflexion! Ya es desvario
 No ceder á la fuerza; el oponerse
 Ya no será valor, sino delirio.
 »Escucha, Abulcaçin, lo que te manda
 Tu señor y tu rey, Boabdil, tu amigo;
 No lo perdamos todo; vé á Fernando
 Y dile... me estremezo al proferirlo.
 »Di á Isabel que á sus armas invencibles
 Granada se rindió. Busca el partido
 Más ventajoso á tu infelice patria;
 El cielo es el autor, yo su ministro.»
 Diciendo aquestas últimas palabras,
 La cabeza inclinó, y por el vestido
 Viendo correr las lágrimas amargas,
 Se oyó de los vasallos un suspiro.
 Parte el alcaide á Santa-Fe, y Fernando
 Con blanda condicion, rostro benigno
 Le recibe, y remite sus propuestas
 A dos que la prudencia ha distinguido.
 Hernán de Zafra, eterno á las edades,
 Y Gonzalo de Córdoba el invicto,
 Que de Gran Capitan alcanzó el nombre
 Sobre Alejandro, Héctores y Pirros,
 Trataron algun tiempo los conciertos,
 Que al fin las partes juran por escrito,
 Del vencedor precioso monumento,
 Modelo de piedad con el vencido.
 Alégrase Boabdil de los tratados,
 Y los suyos con él; pero atrevido,
 El insano Furor con torpe insulto
 Amotinó los ánimos tranquilos,
 Y puntas mil flechando envenenadas
 Con zumo del cléboro nocivo,
 Que la Nevada Sierra le aprontaba,
 Su corazon en llamas convertido,
 Turbios los ojos, pálido el semblante,
 Los labios entre espumas mal distintos,
 Erizado el cabello y rechinando
 Los horrosos dientes denegridos,
 La ciudad corre en torno; ya blasfema,
 Ya hiere el pecho á golpes repetidos,
 Ya rasga las inmundas vestiduras,
 Y así delira el bárbaro prodigio:
 «¡Qué demencia, no ya moros valientes,
 Torpes hijos del ocio, qué maligno
 Espiritu os gobierna! ¿Qué letargo
 Os pone de vosotros en olvido?
 »¡Oh vil generacion! ¿y sois vosotros
 Los fieros é indomables! ¿Producidos
 Sois de aquellos varones generosos
 Que rindieron de España el poderío?
 »¡Vos sois de aquellos moros descendientes

(1) Rey moro de Granada, tio de Boabdil, hermano de Albohacen.

Que Junquera admiró, de aquellos mismos
 Que dieron muerte á Aznar, que á las iglesias
 Quitaron sus Hermogios y Dulcidios,
 »Destrozaron sus reyes, y á la Ceca
 Con denuedo trajeron inaudito
 De su ap6stol los cóncavos metales,
 Que en lámparas quedaron convertidos?
 »Y tú, Boabdil, de la nacion afrenta,
 Así tu patria entregas? No imagino
 Que humanos pechos; ponzoñosa sierpe
 Te convidó con su aliento á silbos.
 »Los Ismaeles, Muleyes y Levines (2)
 No así el trono trataron. Al indigno
 Sucesor deponed, árabes nobles,
 Que al nazareno vil quiere abatiros.
 »¿Pensais que guarden los sagrados pactos?
 ¿No advertís su doblez, sus artificios?
 ¿Juzgais no vengarán su yerta sangre?
 ¿Oh, cómo os burlarán los fementidos!
 »Os robarán esposas y tesoros,
 Degollarán los inocentes niños,
 Las agarenas vírgenes honestas
 Víctimas han de ser de su apetito.
 »Ya el espantoso són de las cadenas
 Que os harán arrastrar, los duros grillos
 Que á los piés llevaréis, vuestros lamentos
 Escucho resonar en mis oídos.
 »Veo la sangre mora derramada,
 El baldon del Profeta (me horrorizo),
 El oprobio, el infame abatimiento,
 La infansta esclavitud, el cruel martirio.»
 No habló más; contra el Rey clama la plebe,
 La confianza le templó; imprevisto
 Llegó el Valor, y al monstruo sedicioso
 Lanzó al averno, del cabello asido.
 «¿Quién eres, huésped? ¿Qué fatales casos
 A la region del llanto te han traído?»
 La negra Juno preguntó, y él luego,
 Hablando así, sus dudas satisfizo:
 «Pues el dolor, oh reina, inexplicable
 Me mandas renovar de haber perdido
 En la alta montaña, á impulso de los godos,
 Las lunas africanas el dominio,
 »Escucha en breve el último trabajo
 Que van á padecer, aunque al decirlo
 Se estremezca la mente, aunque tu imperio
 Gima al horror que absorbo le anticipo.
 »Yace cerca de Iliberis, exenta
 De los rayos del sol y sorda al ruido
 De hombres y fieras, una cueva oscura,
 Que cueva fué del nigromante antiguo;
 »Gar en idioma árabe se nombra,
 Y los soldados de Tarif, unido
 El vocablo al de Nata, patria suya,
 Así al pueblo llamaron que describo.
 »Pobláronle y metrópoli erigióse
 De un opulento reino; fué temido
 El nombre de Granada por el orbe;
 Fué, pero ya su pompa se deshizo.
 »Está impreso en la mente soberana
 Que abusó del poder, y el infinito
 Distribuidor de bienes y de males
 No olvida, aunque retarde los castigos.
 »¡Oh, con cuánto pavor á la memoria
 Se me ofrece la voz de un adivino,
 Que en la invasion de Zahara ignominiosa (3)
 El triste fin de la nacion predijo!
 »Encendióse Aragon, ardió Castilla,
 Rugió feroz, injustamente herido,
 El leon de España, y vióse en aquel tiempo
 Fernando de sus tropas por caudillo.
 »Ríndese Alhama, y solicita en vano
 Recuperarla el sarraceno brio;
 Cayó por tierra el Septenil famoso,
 Y destrozaron á Alora sus tiros.
 »Se entregó Ronda, se entregó Marbella,
 Cambil y Albahar postraron sus castillos,
 Moçlin, Illora, Loja, Zagra, Baños,
 Bentome y Velez yacen oprimidos.

(2) Reyes moros de Granada.
 (3) Año de 1481.

Así, oh Reyes Católicos, triunfasteis;
 Cuyo excelso renombre os dejó escritos
 La sagrada ciudad de siete montes
 En la memoria eterna de los siglos.

LA FELICIDAD.

Poema enviado á la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Granada, por comision de ésta, para que se le-yesse en ella, el dia 20 de Enero de 1781, en que se publicaron los premios distribuidos entre los profesores y discipulos de la escuela de diseño.

*Non erit laboris fugitans vir
 implet horreum.*
 (Hesiod., Georg., lib. n.)

Yo, aquel que en otro tiempo, los triunfantes
 Católicos Monarcas celebrando,
 Canté los destrozados eslabones
 De Agar en la metrópoli del austro (6);
 De aquellos padres de la patria ahora
 Al más inclito nieto derivado,
 El mismo influjo en el emporio mismo,
 Feliz admiro y obediente canto.
 Aparta, heroica musa, de mi oído
 El marcial eco que aún parece alcanzo
 Del ronco parche, y el metal horrendo,
 Cuyos rumores trasladaste al labio;
 Y con plectro más dulce y apacible
 Haz ver al mundo el floreciente estado
 Que ha merecido la inmortal Granada
 A los auspicios del augusto Cárlos.
 Gozaban de su eterna primavera,
 En paz dichosa, los elisios campos,
 A tiempo que oprimía á los mortales
 La estacion dura del invierno cano,
 Cuando de aquel afortunado clima
 Las celestiales bóvedas sonaron,
 Gimieron las cavernas, y poblóse
 De resplandores el inmenso espacio.
 Aquel monstruo de lenguas y de plumas,
 De Titan y la tierra procreado,
 Parando el vuelo rápido en las cimas
 Que descollaban de los montes altos,
 Tres veces animó trompa sonora,
 Y otras tantas produjo el comun pasmo;
 Todos á un tiempo aguardan la noticia
 Del númen, su venida y aparato.
 La fama ent6nces separó, imperiosa,
 A Apéles, Nicias, Zéuxis y Parrasio,
 A Dinócrates, Dédalo y Vitrubio,
 A Fidias, Praxitéles y Agesandro;
 Y esforzando la voz, con que igualmente
 Publica las proezas y los daños,
 Circundada de nubes su cabeza,
 Así captó la admiracion cantando:
 Almas nobles, dichosos habitantes
 De la inmortal region, ceda el espanto
 De mi venida al júbilo que espero
 De la nueva feliz que voy á daros.
 De España timbres han de ser, oidme;
 Pero séame lícito entre tanto
 Pintar su decadencia, porque puedan,
 En más oposicion, lucir más claros.
 La alma Felicidad (7), aquella misma
 Que al trono de Isabel y de Fernando,
 De Granada expelido el sarraceno,
 Su asistencia ofreció, juró su amparo,
 De tal manera la dorada copa,
 En cumplimiento del eterno pacto,
 Llenó despues del nectar delicioso
 Con que brindaba á reyes y vasallos,
 Que la España, entregada á sus dulzuras,
 Se adormeció al arrullo de este encanto.
 Sólo la brillantez fué su atractivo,
 Su iman el ocio, su ídolo el descanso.

(1) Montes de Málaga, que vulgarmente llaman aquellos naturales las Axarquias.
 (2) Fortaleza célebre de la misma ciudad.
 (3) Capitan moro.
 (4) Los más ancianos y autorizados de cada generacion.
 (5) Principio de la cuenta de los árabes.

(6) Romance endecasilabo del autor, con el título de *Granada rendida*, que consiguió el premio de poesia por la Real Academia Española, en el concurso del año de 1779.
 (7) Personaje alegórico, introducido en aquella obra, el cual al fin de la accion jura no separarse del trono de los Reyes Católicos.

Fastidiada de lides y victorias,
El coral de sus venas derramado,
Sólo pensó en curar tantas beridas
Con el bálsamo suave del halago.
Viendo que al sol del español dominio
No era posible separar sus rayos,
Ni teme aborte ejércitos la tierra,
Ni que esenadras vomite el Océano.
Inútil ya juzgaba renaciesen
Los Colones, Cortés y Pizarros;
Todo el mundo era suyo, y satisfecha,
Las lágrimas culpaba de Alejandro.

¡Con qué serenidad, con qué indolencia
Mira los extranjeros artefactos!
¡Con cuánta indiferencia detestable
Oye dicterios y tolera agravios!

Desde el sódico de su inclita grandeza,
Insensible al continuo menoscabo,
Sólo mirar correr, la divertía,
Arroyos de oro al clima más extraño.
¡Oh infiel Felicidad! Pero ¿qué digo?
Don eres de que abusan los humanos;
Del hombre esclavas han de ser las dichas,
No el hombre de ellas ha de ser esclavo.

¡Qué culpa tuvo deliciosa Capua
De que un famoso capitán incauto
Pudiese un tiempo, coronando á Roma,
Frustrar las esperanzas de Cartago?
Suele al favor seguir el devaneo,
A éste el orgullo, y al orgullo el fausto;
La inacción, la pereza y el olvido
Constituyen la escala del estrago;

No las riquezas que el sediento Midas,
Atabalipa y Cresos acumularon,
Medran ociosas, pues la *trox no llena*
Varon, á la verdad, que huye el trabajo.

Así España, engreída, trató, ingrata,
A su felicidad; quitóla el mando,
Marchitóla el laurel, rompióla el cetro,
Rasgóla torpemente el régio manto;
Y así la casa de Borbon excelsa
La halló al pie de su trono, suspirando
Y humedeciendo con el llanto triste
A la España, embriagada entre sus brazos.

¡Cuán distinto á Felipe el Animoso,
Cuán distinto semblante presentaron
Estas, que en algún tiempo afrenta fueron
Del hábil griego y del egipcio sabio!

Ajada de sus rostros la belleza,
Mudo el aliento y el cabello vago,
Entregado el ropaje al desaliño,
Convertidos en sílbo los aplausos,

Una al Monarca articular apenas
Puede *favor*, besando la real mano,
Y otra suplica al cielo reverente
La tenga siempre de Felipe al lado.

Resonaba el lamento en las entrañas
Del príncipe benigno, y al contacto,
España, de su mano poderosa,
Dilató el pecho y sacudió el letargo.

Del modo que aparece más hermosa
La faz luciente del planeta cuarto
Cuando disipa, de Eolo asistida,
El proceloso aspecto del nublado;

Así más bello se ostentó el semblante
De la Felicidad después del llanto;
Restituido el color á sus mejillas,
A sus ojos devuelto el agasajo.

Felipe de Borbon, luego que pudo
Cerrar el templo del bifronte Jano,
No perdonó desvelo ni fatiga
Para cobrar el esplendor ajado.

Ciencias, artes, comercio, agricultura,
Industria, población, y todo cuanto
Puede ensalzar el nombre de un rey grande,
Plantel fué opimo de su angusto brazo (1).

Debido á Fernando su fecundo riego,
(1) Entre la variedad de objetos que tiene este cuarteto, y sería
largo é importuno individualizar en estas notas, no debe omitirse
que en 15 de Julio de 1744 admitió aquel monarca el proyecto de
un estudio público de las tres nobles artes, creando, para que tu-
viese efecto, una junta preparatoria.

Y vuestras nobles artes los atrasos
Resarcir en sus cultas capitales
El celtibero (2) vió y el carpetano (3).

Carlos, en fin, que desterró de Iberia
El fiero horror de los malignos hados,
Dió el incremento á aquellas mismas artes
Que hoy se coronan de inmortales lauros.

No así en la flecha se equivoca el verse
Salir violenta al dispararla el arco,
Caminar por el viento, presurosa,
Y herir segura en el propósito blanco;

Como Carlos á un tiempo atiende amante
A la felicidad de sus estados,
Activo la destina á sus provincias,
Dichoso logra en ellas su conato.

Más ligera discurre que Atalanta
Por las regiones del dominio hispano;
No á recoger el oro de Hipoménis,
Si á repartirle con afán contrario.

Industriosa descubre los tesoros
De Aristeo, de Ceres y de Baco;
Promueve de Minerva el artificio,
La espalda oprime á Melicerta y Glauco.

Viola Granada entrar en sus campiñas,
Vergel de Flora, de Vertumno ensayo,
Y de estas sacras fértiles estancias
Perfecto original más que retrato.

A la sazón estaba la Abundancia
Sobre un florido césped reposando,
Al són de las corrientes donde cede
Nombre y raudal el Genil al Darro.

El perezoso sueño descendía
De los Cimerios montes; con recato
Abre la puerta de marfil y baña
Los bellos ojos con licor sagrado.

Aun más hermosa cuando más dormida,
A la dulce violencia rindió el brazo,
Y el peso de la fuerte cornucopia
Fué de la amable sujeción tirano;

Cayó en la tierra la preciosa insignia,
Y en la cándida planta tropezando,
Despertó á la beldad, á quien sorprenden
Pérdida, novedad y sobresalto.

Vierais allí las deshojadas rosas,
Vierais las azucenas y los nardos
Llenar los aires de átomos fragrantés,
Poblar de nuevos ámbaros los prados.

Sintió el jazmín, armiño de las flores,
Manchar su tez en cenagosos charcos,
Y pareció sonaba en los jacintos
El ay de su tragedia inveterado.

Surcan las ondas del Genil serenas
Desprendidos claveles y amarantos;
Las delicadas frutas se maltratan
Al tropiezo del tronco ó del peñasco;

Mas la Felicidad alzó del suelo
(Dándose á conocer) el rico vaso,
Y habló de esta manera á la Abundancia,
Saliendo al rostro el celestial agrado:

«Alma nutriz de Jove omnipotente,
Divina isleña, que del suelo patrio
Pasando á España, abandonaste á Creta
Y de Meliso el paternal regazo;

«Depon el miedo, y no de estos países
Solicites partir, ocasionando
Perpétuo luto á ninfas y pastores,
Triste clamor á sátiros y faunos;

«La vega de Granada eternamente
Será tu régia córte; no un acaso
Trastorne tu agitado pensamiento;
Depon el miedo y oye mis presagios.

«Si el granadino descendió tu culto,
Si al sueño te entregó su desamparo,
Si el Genil usurpó, si llevó el viento
Las dulces prendas del verdor lozano,

«Tiende la vista y mira el campo lleno
De mieses, flores, árboles y pastos;

(2) En 18 de Setiembre de 1754 expidió el señor don Fernan-
do VI su real orden para crear y autorizar en Zaragoza un congre-
so sobre los estudios de las tres nobles artes, el cual principio tu-
vo aquella real academia.
(3) Erigió este rey la de Madrid, en 12 de Abril de 1752.

Poblaréis de tapetes los estrados,
Y para el más tremendo sacrificio
Cubriréis los altares sacrosantos,
»Sed envidiá del china, el turco, el persa;

»Volved á Holanda sus lucrosos fardos;
»Sujeta en el Tamesis las naves,
»Con que intente surtirlos el britano.

»Tisbe amorosa, en árbol convertida,
Pábulo apronte al hilador gusano,
Que esas mismas abejas que os retratan
Su *bombo* (2) enseñarán al reptil bando;

»Del carmin, minio, sil, cóccino y ocre,
Más que el asirio, el de Ceilan y el Afro
Sabréis usar, dictándoos los aciertos
Plinio, Vitrubio, Pólux y Filandro (3).

»Pero no queda aquí; pasa adelante
El celo fiel que con razón aplaudo;
Eleva quiere su esforzado vuelo
A la altiva cerviz del Vaticano.

»Emulo de sus glorias y primores,
Erige ya fecundo seminario,
Adonde logren de las tres hermanas
Eternizarse los primeros rasgos.

»La divina pintura, estatuaría
Y sábia arquitectura en igual lazo
Tejen guirnaldas en obsequio digno
De quien fomenta sus principios ardoros.

»Tú, dibujo, que lo eres del buen gusto,
No de otra suerte que la luz de faros,
Las vas sacando al puerto apetecido,
Cuando temieron el fatal naufragio.

»Tú, el lápiz entregando á débil pulso,
La variedad siguiendo de tus ramos,
Inventas, circunscribes y bosquejas
Las figuras, los bustos y los atrios.

»Por tí florecerán la anatomía,
La geografía, hidráulica, astrolabio;
Por tí... pero por tí sabrán los hombres;
A tí este timbre sin igual fué dado.

»Publicarán los animados lienzos,
Al temple de las tintas resaltando,
La oposición de luces y de sombras,
A honor de España, del pincel milagros.

»Serán emulacion esos alumnos
De los Zúcaros, Vincis y Ticianos;
Julios y Alesios llamará Tarpeya,
Timantes y Protógenes Inacho.

»Alzará el Turia la cerviz algosa,
Dócilmente rendido al entusiasmo
De ver á sus Ribaltas y Riberas
Renacer á las márgenes del Dauro.

»Carreños, Menas, Céspedes, Morales,
Recos, Coellos, Valeros, Riccis, Canos
Verá Iberia, por merced del cielo,
Repetirse en sus diestros ciudadanos;

»De Labrador imitarán las frutas,
Copiarán las forestas de Arellano,
Peces de Herrera, lides de Toledo,
Y de Murillo célebres retratos;

»Se gloriará la gran naturaleza
De ver sus cielos en pequeño espacio,
Cuanto la tierra cria, alienta el aire
Y respira en el piélagos salado.

»Pero ni aqueos celestiales orbes
Con cinco zonas el poder ligaron
Del arte noble, ni el terráqueo globo
A los tres reinos suyos le contrajo.

»Las pasiones abraza, las sujeta
A su jurisdicción, y en breve cuadro
Se retratan, se tocan y aun se excitan
Del alma noble movimientos varios.

»No así eficaz Demóstenes persuade,
No imita así facundo Homero, en tanto
Que Rubens, *gran poeta de los ojos* (4),

(2) Es voz griega; significa el zumbido de las abejas, y por ser
parecido al murmurio que forman, al comer la hoja, los gusanos de
seda, se dió á éstos el nombre de *bombyces*. Así lo sienta, entre
otros, el erudito Francisco Cascales, en sus *Cartas filológicas*,
decad. 2, epist. 8.

(3) Autores que prescriben á pintores y tintoreros las reglas para
preparar la púrpura.

(4) Expresión de Lope de Vega.

Mira que á sus ilustres naturales
Todavía el terreno está brindando;
»A los cuales yo misma... mas ahora
Verás, absorta, el prodigioso caso;

Que es débil el oído, y por los ojos
El ánimo se enciende ménos tardío.»
Dice, y de la dorada cornucopia
Una granada del frondoso tallo

Asida saca, y por resquicio breve
Enseña los rubies de sus granos.
El fruto apenas, cuya tierna vida
Fué preservada del comun fracaso,

A las auras mostró su flor hermosa,
Enrojada por favor del Mayo;
Un enjambre de abejas por el viento
Vino á rondarla con susurro blando,

Y cada cual con émula porfia
El útil jugo laboriosa extrajo.
«Desoifra, exclama la beldad confusa,
Sacra Felicidad, estos arcanos,

Si no es que ya mi corazón pretenda
Vaticinar mi justo desagravio.»
«Así será, la nuncia del Monarca
Responde, y cobrarás tu antiguo ornato;

Ya á ver vuelves el reino de Saturno,
Ya ves el siglo de oro renacer dorado.
»Esta jurada reina de las frutas,
Siendo blason, es símbolo adecuado

De esa ciudad, soberbia sucesora
Del esplendor de Iliberis preclaro.
»Esa ciudad, en nombre de su reino,
Promete auxilio á los designios vastos,

Que en la mente de Carlos concebidos,
Es lo mismo que verse practicados.
»Ese escuadrón ruidoso no reparas,
Que observó el mundo, por misterios altos,

Depositar sus obras en la boca
Del divino Platon, de Ambrosio el santo?
»No admiras esos voladores grupos
De sus almenas descender zumbando,

Pararse en la escalata de estas hojas,
Y á sus lares volver ricos y ufanos?
»Geroglífico son de mí ilustres
Generosos patrios asociados,

Que infatigables en mi honor trabajan,
Tu mansion en su reino contemplando (1).
»Tú misma, sí, tú misma los incitas
Al lustre de la patria y del Estado;

Tú misma en tu dosel, á la real sombra,
Capaz eres de mirarlos y empeñarlos.
»Fecundo el suelo en frutos y en ingenios,
A influjos de su celo y su cuidado,

Para captar la admiracion antigua
Se deja ver del mundo en el teatro.
»Apénas la puericia balbuciente
Deja las fajas, que ciñó llorando,

Cuando ya la destinan sus esmeros
A que se instruya en la invencion de Cadmo.
»La misma sociedad, oh cuán piadosa
La eleccion de maestros toma á cargo,

Que enseñen las más sólidas verdades
Para subir al inmortal palacio!
»Tú, de ambos sexos juventud briosa,
A aquel pródigo cuerpo guía el paso,

Que promueve, que premia en hoz y torno,
Del día y de la noche los trabajos;
»Sufré, robusto jóven, la inclemencia
Del Julio ardiente y del Diciembre helado,

Que de esos vegetales que cultivas,
La corona te labras con tus manos.
»Madrugá, mujer fuerte, deja el lecho,
El útil lino y el vellón buscando;

Que en tí será plausible lo que ha sido
Ignominioso en Hércules tebano.
»Adorno, abrigo os deberá la tierra,
Y el mar de sus bajeas el resguardo,

O bien al ancla el cáñamo sujete,
O gire el lino por el aire manso.
»Vestiréis las domésticas paredes,

(1) Es la figura de la empresa de la Sociedad una granada, al
rededor de cuya flor vuela un enjambre de abejas.

Usurpa los derechos al Parnaso.
 »¿A quién en viva imagen no estremece
 La cabeza de Eurialo en un palo?
 A vista de ella la doliente madre,
 ¿Qué compasión no excita su quebranto?
 »¿Qué impulsos de amistad y de venganza
 No representa con rencor bizarro,
 Conociendo el cadáver de Patroclo,
 El fiero vencedor de los troyanos?
 »¿Quién, sino tú, oh pintura, en Macedonia,
 Quién, sino tú, en España pudo darnos
 Lo que naturaleza dar no puede,
 Del hijo de Filipo un fiel traslado?
 »Pero ya la escultura sus prodigios
 Contraponerla quiere, y de su erario
 Oficiosa la tierra la franquea
 Plata, oro, bronce, jaspe y alabastro;
 »El funesto ciprés, el cedro umbroso,
 Pórfido liso y reluciente mármol,
 Blancos márfiles, negros azabaches
 Son de su imperio humildes tributarios.
 »Y al cincel obedientes, deponiendo
 Su duro natural, ofrecen francos
 Un corazón de cera al artificio,
 Cuerpo á la idea de flexible barro.
 »Así, del sol imagen, el coloso,
 Del olímpico Jove el simulacro,
 De metal rudo y de compacto hueso
 Maravillas del orbe á ser llegaron.
 »Verán así Albaicín y Bibarrambra
 Que en busca de sus nuevos estatuarios
 Se desentraña el granatense reino,
 Presumiendo de estatuas los peñascos.
 »Perpetuarán los héroes, los monarcas,
 No sujetos á Láquesis sus años,
 Ni aquéstos pasarán por la hermosura,
 Que fué copiada en su verdor temprano.
 »Ya en mi imaginación la estatua vuela
 De Perseo en las alas de Pegaso;
 Ya me horrorizan las oscuras fauces
 Del dragón que los mares abortaron.
 »Andrómeda con vivos ademanes
 Romper intenta á la coyunda el lazo;
 Miente su ser allí la piedra, y sólo
 Le manifiesta en el escollo infausto.
 »Labrarán con tal alma y valentía
 El robo astuto del infame Caco,
 Que á no temer que despertase Alcides,
 Hablar debiera el hijo de Vulcano.
 »Vuelve, envidiosa antigüedad, los ojos
 A la edad venturosa que gozamos,
 Verá á su Agasias, á Lisipo, á Scopas,
 El efesio, el argivo y el de Páros.
 »Mas ¿Qué es esto? ¿Qué dulce fantasía...
 ¿Adónde estoy? ¿Qué misterioso rapto
 Por régias galerías me conduce,
 Salas sumptuosas, apacibles llanos?
 »¿Qué cúpulas, qué moles, qué trofeos,
 Qué plazas llevo á ver y anfiteatros?
 ¿Con qué obeliscos otra vez la tierra
 Quiere turbar al celestial senado?
 »¿Qué circos, termas, fosos, balnates,
 Qué frontispicios, pórticos y patios,
 Seguros puentes, calles espaciosas
 Me figen la lisonja y el engaño?
 »¿Qué bien distribuidas, niveladas
 Fábricas miro, qué ciudades hallo?
 Nuevas provincias son y nuevo mundo,
 O me arrebató algún furor insano.
 »No, me responde ya la Arquitectura,
 No sueños, no delirios; caminamos
 Todas á un fin, y mi compás al reino
 Dará hermosura, aumentos y resguardos.
 »Estos ecos resuenan en mi oído,
 Bellísima Abundancia, y el conato
 Del granadino célebre congreso
 Cumplirá lo que he visto y escuchado.
 »Soberbio alcázar, religioso templo
 Aquí Siloe (1) labró con diestra mano;

(1) Don Diego de Siloe, á quien Juan de Arce, en el tratado de *Varia comensuración*, pone entre los primeros y más célebres ar-

portentos nacieron de sus cenizas,
 De torres altas y triunfantes arcos.
 »Tendrá por tí, oh escuela infatigable,
 Timbres mayores el primor toscano,
 Lucirá Jonia y brillará Corinto.
 Crecerá de la Dórica el aplauso;
 »Será cada columna monumento,
 Cada arquitrabe testimonio claro,
 Cada cornisa ejemplo memorable
 Del sudor por la patria derramado.
 »A Egipto, Media, Caria, Babilonia
 Pirámides no envidies ni palacios,
 No de Artemisa regios mansoleos,
 De Semiramis muros encumbrados;
 »Dispondrán las estrellas que á tus hijos
 Al orbe den, con envidioso pasmo,
 El noveno prodigio, como dieron
 Herreras y Toledos el octavo (2).
 »Y cuando el tiempo de sus obras triunfe,
 Como el Vesubio sumergió á Herculano,
 Si á Carlos guardó el cielo estas reliquias,
 Reserve á su progenie aquel hallazgo.
 »¡Oh! tal pérdida él mismo no consenta,
 Ni que abusen mis ecos temerarios
 De tu atención, y más cuando ese cuerpo
 Espera mis auxilios inmediatos.
 »Vuelva el fruto á tus manos, oh Amaltea,
 Que franqueó á la abeja dulce pasto;
 Queda en paz. »Dijo, y penetró los vientos
 Aun más veloz que desprendido rayo.
 Cobró valor la hermosa semidea,
 Y arrebatando á la Fortuna un clavo,
 De los ramos de Dafne desdeñosa
 Fijó un dosel en el dichoso campo.
 No olvidaba su culto el granadino,
 De su felicidad asegurado,
 Y ya vió Abril en su estación florida
 Coronarse de premios los trabajos (3).
 Todo esto supe entonces, y ahora á tiempo
 Que Ganimedes, al Tonante grato,
 Empiece á derramar las claras linfas,
 De donde el cielo le apellidó Acuario;
 Cuando un invicto campeón sus flechas
 En memorables, en gloriosos fastos
 Recuerde á la milicia más heroica,
 Triunfante del rencor de Diocleciano;
 Cuando intente la España, amaneciendo
 De Carlos el horóscopo sagrado,
 Ante las aras su preciosa vida
 Eternizar con votos y holocaustos;
 Aquesta sociedad la mejor prueba
 De su placer dará; solemnes actos
 Expresarán los frutos, al Monarca,
 De sus dones, influjos y mandatos.
 En los ricos metales el real busto
 De su gran protector delineado,
 Geroglífico de ella un sol naciendo,
 Dice *qué á más irá su esplendor* (4) raro.
 Aplicados discípulos convoca
 Segunda vez, y profesores aptos,
 A quienes está joya en los laureles
 Prende que les tejó para premiarlos.
 Cuál mi imagen dibuja en blanca nube
 Sosteniendo de Carlos el retrato,
 A quien la misma sociedad dedica
 De las tres nobles artes el trabajo (5);

quitectos de la nación, ideó y levantó la iglesia catedral y nueva fábrica del alcázar.

(2) El monasterio de San Lorenzo del Escorial, á que comúnmente se da el elogio de *octava maravilla*, fue obra trazada, delineada y empezada por Juan Bautista de Toledo, por cuya muerte se continuó á dirección de Juan de Herrera.

(3) En 25 de Abril del año de 1779 se distribuyeron por la primera vez los premios á los profesores y discípulos de la escuela del diseño.

(4) Las medallas de los premios tienen en el anverso el busto del Rey nuestro señor, y en el reverso un sol brillante en su oriente, con el lema que se ve en el verso.

(5) Asunto del primer premio de pintura. Dibujado de aguada ó de tinta ó de lápiz, de cualquier color, gastado, plumado ó esfumado, á elección del opositor; un grupo de nubes, y en él una fama ó un genio que sostenga un medallón con el busto del Rey;

Cuál al papel el natural modelo (1),
 Cuál le trasladada á los gredosos planos (2),
 Cuál esculpe del Darro la urna y rocas (3),
 Y cuál retrata al cordobés más sabio (4).
 Cabezas en redondo modeladas
 Se ven allí del natural tamaño (5),
 Fachadas que arregló la arquitectura (6),
 Ordenes que practica y sus ornatos (7).
 Los próceres concurren, y el contento
 De dulces sinfonías alternando,
 Se publican, reparten, solemnizan
 Galardones del mérito y cansancio.
 Gózate, Apéles, que llegó ya el tiempo
 De celebrar la edad de un soberano
 Con coloridos, tablas y pinceles,
 Que él premia, tú autorizas y yo ensalzo.
 Formen, oh Praxitéles, tus alumnos
 Medallones y bultos animados;
 Mis lenguas les daré, porque publiquen
 Del Monarca las glorias que yo callo.
 Señalad, arquitectos, este día
 Con blanca piedra, y sigan tu dechado,
 Oh Dédalo, en su honor, siendo su ingenio
 Quien los remonte al apolíneo carro.
 Con su felicidad y su abundancia
 Le obsequien los iliberos gallardos,
 Y en colores, relieves y medidas
 Vuestras artes le capten los agrados.
 Así ha de ser, espíritus dichosos,
 De la prisión de vuestro cuerpo salvos;
 Yo, que entre los mortales os di nombre,
 Yo soy quien igual suerte les preparo.
 Volverán á escucharme estas campiñas,
 Emulación del Tempe tesaliano,
 Una y mil veces me verán sus valles,
 Ocuparé otras tantas sus collados.
 Así podré de aquel plantel fecundo
 Los ruidosos progresos noticiarios;
 Allí mis propias alas me conducen,
 Me llama la función; gozosa parto.
 No bien articuló la voz postrera
 La vigilante voladora, cuando,
 Repitiendo el estrépito primero,
 A los ojos se roba y al cuidado.
 Zéuxis la llama, pero no su vuelo
 (Como otro tiempo el de las aves trajo
 A las pintadas uras) con sus voces
 Consiguí suspender al monstruo alado.
 Protógenes, pintando su Jaliso,
 De Ródas afligida en el asalto,
 Detener pudo al sitiador Demetrio,
 Y aquí esforzó sus súplicas en vano.
 Todos ya sin efecto la vocean,
 Alzan las palmas, corren exhalados,
 Suben al monte, asírla solicitan,
 Y al viento dan inútiles abrazos.

debajo un ara, y en ella esculpida la empresa que usa la Real Sociedad; sobre dicha ara varios trofeos pertenecientes á las tres nobles artes, y á un lado la figura de una majestuosa matrona, representativa de dicho real cuerpo, en acción de dedicar sus votos al Monarca.

(1) Del segundo de pintura. Dibujo del modelo natural en un pliego de marfil.

(2) Del segundo de escultura. Copia del modelo natural en un plano de barro.

(3) Del primero de escultura. En un plano de barro esculpido el río Darro en bajo relieve, figurado en un viejo desnudo, sentado sobre unas rocas y apoyándose en una urna grande ó vaso, de donde sale un manantial, que se despeña hasta llegar á un ameno prado, que fertiliza.

(4) Del tercero de pintura. Copia, en un pliego de marfil, de la cabeza de la estatua del Séneca que está en la escuela, trasladada del pequeño que tiene al tamaño del natural.

(5) Del tercero de escultura. La cabeza de la estatua del muchacho que está en la escuela, modelada en redondo, del tamaño del natural.

(6) Del primero de arquitectura. En dibujo arreglado á medidas la portada principal de la parroquia de San Pedro y San Pablo de Granada, que tiene en su nicho las estatuas de estos santos apóstoles.

(7) Del segundo y tercero de arquitectura. Delineado en grande el orden corintio en un cuerpo suelto, con las plantas de las tres partes que le componen. Copia (según el original presentado á este efecto) del ornamento del arquitrabe, friso y cornisa del orden compuesto.

Tanto su narración los encantaba,
 Que fué forzoso, su clarín callando,
 Paréntesis de eternas alegrías,
 La tristeza reinase por un rato.
 Volvieron sobre sí; las auras puras
 De los plácemes mutuos se llenaron,
 Y de la oferta de verboso nimen
 Esperan ver el cumplimiento exacto.
 Voló también la nueva á los mortales;
 Y yo, á la adusta Temis entregado,
 Fui impelido á regar sus arideces
 Con las vertientes del humor castalio.
 Con vosotros, ilustres compañeros,
 Nobles patriotas, con vosotros hablo;
 A vosotros, si no plectro sonoro,
 Mi fe, obediencia y voluntad consagro.
 Recibid, entre tanto, en sacrificio
 El sentimiento, á mis afectos grato,
 De presentarse así, cuando yo amara,
 Aun mejor que escribirlos, recitarlos.
 Día vendrá (su aurora se apresure!)
 Que en busca de los montes Marianos,
 Junto al ara de Júpiter, repase
 Las ondas ledas del dorado Tajo;
 Y despues de sellar del patrio Bétis
 Las arenas con ósculos mis labios,
 Reconozca la silla, ruboroso,
 Que entre vosotros ocupar aguardo.
 Del templo del honor hacéd repitan
 Vuestros clogios los dinteles almos;
 A la ignorancia vil, al ocio torpe
 Juntos ahogad en el Estigio lago.
 Crezca el desvelo, crezcan los afanes,
 Cada vez más celosos é inflamados
 Por el público bien; artes y oficios
 No lloren ya su antiguo desamparo.
 De las tres venturosas compañeras
 Sea Granada digno santuario;
 Baje á teñir sus ráfagas el iris
 En las tintas del célebre gimnasio;
 Baje la noche á verse en sus oscuros,
 Venga el día á ensayarse de sus claros,
 El aire encienda allí sus arboles,
 Sus espumas Neptuno envíe airado.
 Despues de embelesar con sus tareas
 En indico marfil y mármol pario,
 Suban escoplo y regla á colocarse
 En los etéreos Cinosura y Plauastro.
 Resucite, en obsequio del diseño,
 El noble estudio de los dos grabados,
 Y con buriles, tórculos y agujas,
 No padezca del tiempo los agravios.
 Aquesas aulas el sistema nuevo
 Produzcan algún día, que anhelamos;
 Adóptenle los cultos españoles,
 Envidienle los griegos y romanos.
 Sabed que así la sociedad se ilustra,
 Sabed que así Granada logra aplausos,
 Sabed que España así se inmortaliza,
 Se sirve así al augusto Soberano;
 Sabed que del honor ésta es la puerta,
 Sabed son éstos del favor los grados;
 Finalmente, *sabed*, pues vienen juntos
 Todos los bienes con la ciencia al sabio,
 Para el sabio los premios se destinan,
 Del sabio son los triunfos y los lauros,
 Al sabio rendirá frutos la tierra,
 El sabio, en fin, dominará los astros.

Á LA MUERTE DE DON JOSÉ CADALSO.

ODA (8).

Vuela al Ocaso, busca otro hemisferio,
 Baje tu llama el píelago salobre,
 Déficio nimen, y á tu luz suceda
 Pálida noche,

(8) Forman esta oda versos castellanos de artificio latino. Son unos sáficos, si no común composición de nuestros poetas, no desconocida de ellos, pero con la novedad del adorno de la asonancia, medio generalmente preferible á mi oído entre la vehemencia

Manto de estrellas el Olimpo vista,
Su gala oculten pájaros y flores,
Sombras y nieblas pavorosas cubran
Valles y montes.

Brinde Morfeo delicioso néctar,
Llene el silencio el ámbito del orbe,
No brome el Bóreas rápido ni el blando
Céfiro sople.

Voz embarace fúnebre los vientos,
Y de Heraclea la soberbia mole
Gima espantosa cuando los acentos
Eco redoble.

Muere Cadalso, atónita repita;
Las nueve hermanas tímidas entónces
Del ronco acento sigan astudadas
Las tristes voces.

Por la mejilla aljófares descendán,
Nuevos suspiros el aliento forme,
Libre el cabello por la blanca espalda
Vague sin orden.

Cerquen despues el túbulo oficiosas,
Cúbranle lúego de fragrantés flores,
Bálsamos quemén, reverentes humos
Suban á Jove.

No en tiernos ayes Ericina Vénus,
Con mayor causa, espíritu más noble
Ni más angustia, sienta la temprana
Muerte de Adónis.

Que el clamor vuestro, Piérides divinas,
En són funesto, que las auras rompe,
Llore á Cadalso, á quien amaron siempre
Tanto los dioses.

Cántenle dulces miserables elegías,
O bien endechas lúgubres entonen,
O bien en nuevos sáficos cadentes
Digan acordes:

«Genio divino, cuya dulce lira,
Siendo embeleso de la íbera córte,
Del Manzanares náyades atrajo,
Márgen y bosques,

¿Adónde estás, que en soledades tristes
Yace el Parnaso, ni Hipocrene corre,
Ni Aonia florece, ni el Pegaso vuela?
Dinos adónde.

Pluma facunda, reluciente acero,
A nuestras finas súplicas responde:
¿Qué hizo Minerva de tus altas glorias?
¿Qué hizo Mavorte?

Calpe inhumana, rigurosa Calpe,
¿Cuándo diriges belicoso choque
Contra una vida que apreciar supieron
Númenes y hombres!

Parto de Juno, morador de Lémnos,
De Citera tétrico consorte,
Nieve del Etna cubra tus incendios
Abrasadores.

Rey de los vientos, Eolo, que enfrenas
El Noto, el Euro, el rígido Apeliótes,
Pára en tu imperio la volante muerte,
Frustra su golpe.

Y tú, hija cruel del Erebo y la Sombra,
Haz que sus filos tu segur embote,
No el vital hilo, oh Atropos, tan pronto
Pérfida cortes.

Tristes anhelos, malogrados ayes,
Quejas sin fruto, inútiles clamores,

de la consonancia y disonancia de la soltura; la cual si por muchos ha sido desechada en nuestros metros originarios y en los oriundos de Italia, de todos cuantos he visto ó han llegado á mi noticia) ha sido adoptada en los sáficos, en donde la consideración á su origen nos representa ménos necesidad de consonancia ó consonancia, y viene á ser el oído esclavo de la reflexión. También prevengo á usted no tenga por versos sáficos á todos los que vea bautizados con este nombre; porque creen muchos, y creen mal, según en esta carta he tocado, que lo son todos los endecasílabos; necesitan para serlo la buena disposición de los tiempos de la pronunciación, combinando la naturaleza de los acentos con la exigencia del contexto. He procurado cumplir con estas reglas, cuya transgresión es perceptible, no sólo al que entienda su economía y sepa explicarla con términos poéticos, según los principios, sino al que tenga un oído medianamente arreglado, que seguramente distinguirá en el sáfico un sonido de que carecen muchos, aunque no todos los endecasílabos castellanos.

¿Qué raptó os lleva! ¿Qué furor os dicta
Tales razones?

¿Cuál es el rumbo que tomáis en vano,
Si el mar airado, oscurecido el Norte,
Yerto el piloto, denegado el puerto,
Nadie nos oye?

Muere Cadalso, Decretólo el cielo,
El cielo manda á Láquesis le robe,
Y la divina voluntad no es fácil
Que se revoque.

Ya Libitina de ciprés funesto
Cifre la frente, y dirigido el orden
De marcial pompa, gime en uno y otro
Trágico mote.

Todas nosotras en coro apacible
Entonaremos su alabanza; cobre
Tales tributos el que dió á Castalia
Tanto renombre.

Dulces amores deban sus cenizas,
Que de Artemisa la fineza doblen,
A las que en la vida le debieron siempre
Dulces amores.

De sus estudios, de su rica vena
El tiempo nunca la memoria borre;
Tal no permitas, oh de la alma Vénus
Cándida prole.

Entonaremos en las altas cumbres,
Templos, convites, sacras lustraciones,
Muere Cadalso muerte de los héroes;
Triunfe su nombre.

Entonaremos que la amable vida
Dió por la patria; cuyo honor pregonen,
Emulos nuestros, alabastro, jaspe,
Mármol y bronce.

COLUMBANO.

EGLOGA.

«Ay apacible y sosegada vida,
De vulgar sujeción libre y exenta,
Dó el alma se sustenta
Con blanda soledad entretenida!
(ESPINEL, égloga IV.)

INTRODUCCION.

POETA.

Canto el rústico bien, dulce reposo,
Vida feliz, de muchos envidiada,
Libre del necio mundo y sus envidados,
Como en mi mente la dejé copiada
Una mañana el conversar sabroso
De dos zagales que escuché en los prados,
Después que por mis hados,
En lágrimas deshecho,
Dejé bañado el lecho,
Que los cansados miembros despedía,
Donde ni reposaba ni dormía,
Ni hallaba alguna apetecida calma
La triste pena mía,
Que tan tenaz se apoderó del alma.

Influye, Apolo, á quien tu auxilio implora,
Tus rayos en mi plectro se descubran,
Y mis tibiezas con tu fuego aviva;
Así de Admeto los ganados cubran
Los altos montes que tu luz colora;
Así Dafne otra vez su sér reciba,
Ni vuelva á serle esquivia,
Ni ya Faeton segundo
Quiere incendiar el mundo;

Así tu lira por el orbe suene,
Así los tiernos lazos de Climene
Pagnen finezas de tu amor leales;
Llene tu númen, llene
El simple conversar de mis zagales.

Y tú, Madrid, asiento de Minerva,
En cuyo aplauso su metal sonoro
Consumirá la fama sin sosiego,
Guarda en tu seno de Talía el oro,
Que á tus hijos parece se reserva;
Arde facunda en el divino fuego

De su furor, y lúego,
En plácido descanso,
Del Manzanares manso
Mi voz escucha á la sagrada orilla,
Que de la trompa y lira á que se humilla
No compite el ardor ó la dulzura;
Oye mi voz sencilla,
Y ensalzaré á los cielos mi ventura.

Canten otros con númen elevado:
Hijos de Pálas, ínclitos varones (1),
Conquistadores de la Nueva España;
Acrediten los bravos campeones,
Que dejaron su nombre eternizado
En la hermosa ciudad que Genil baña (2),
Cuando, en feliz campaña
A sus fuerzas terribles,
Sus armas invencibles
Granada se rindió (3); canten imperios
Arruinados en ambos hemisferios,
A pesar de Boabdil y Motezuma:
Tan altos ministerios
No son objeto de mi humilde pluma.

Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume y su saber ostenta (4),
Nuevo español Demócrito se ria,
Heráclito le siga, que lamenta
Cuando, entre mil poetas eruditos,
Cada cual del acierto se desvia (5);
Su crítica poesía
El Parnaso corone,
España galardone

Con aquel don que el mérito recibe,
Sacro laurel que eternamente vive,
Y la docta Academia su alta gloria
En sus fastos derive
Del tiempo venidero á la memoria.

Sombras de Archena, sacra y honda fuente (6),
Dominada del alto Verdeleña (7),
Genio más noble nuestro loor ajusta,
Cuarta gracia de Vénus halagüicha,
Copia gentil del jóven excelente (8),
De la Iberia esplendor, Carlota augusta,
La complacencia justa,
Que el poeta predijo,
El cielo en tí bendijo.

Los patrióticos cuerpos escucharon
Templados instrumentos, que entonaron
Los útiles progresos de las artes (9),
Los ramos que ensalzaron,
Prosperar vemos ya por todas partes (10).
Otro cante aquel arte que halagando
Mide y combina el tiempo y el sonido (11);

(1) Verso primero del canto de *Las naves de Cortés destruidas*, compuesto por el autor y premiado por la Real Academia Española, el año de 1778. Previénesse no escrupuliza en las voces de *númen elevado*, que aquí usa, hablando de su obra, pues no hacen relación al desempeño, sino á la materia; y mucho ménos pudo escrupulizar cuando en los años de 1784 y 1787 se dió á luz esta égloga, porque una y otra vez se estampó anónima, y sólo se expresaron los nombres de los editores; acomodando por entónces al autor disimularse, como lo comprueba la expresión *canten otros*.

(2) Don Leandro Fernandez de Moratin, en su romance endecasílabo de *La toma de Granada*, que obtuvo el *accesit* al premio de la misma Academia, en el año de 1779.

(3) El autor, en su romance endecasílabo de *Granada rendida*, premiado por la Academia, en dicho año de 1779.

(4) Don Juan Pablo Forner, en su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, premiada por la Academia, en el año de 1782.

(5) Don Meliton Fernandez, en su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, que sacó el *accesit* á dicho premio.

(6) Don Ignacio Lopez de Ayala, en su poema físico intitulado *Termas de Archena*.

(7) Monte de que hace mención dicho poema.

(8) El mencionado don Ignacio Ayala, en su elegía intitulada *Complacencia de España*, con motivo del próximo parto de la serenísima Princesa de Asturias, año de 1775.

(9) Don José Olmeda y Leon, en su romance en elogio de las discípulas de las escuelas patrióticas de Madrid, premiadas por la Real Sociedad, en el año de 1782.

(10) Don Miguel de Manuel, en su canción al mismo objeto, en el de 1785.

(11) Don Tomas de Iriarte, en su poema de *La Música*.

Otro haga ver del bárbaro pirata
Por el héroe balear deshecho el nido,
Que en vivo fuego se consume cuando
El infernal horror Argel retrata (12),
O el bien que no dilata
La mano poderosa,
Cuando más prodigiosa
Vierte sus abundancias Amaltea
Sobre el suelo español, su asunto sea
En uno y otro cándido gemelo (13);
Mi pluma no se emplea,
Oh Madrid sabio, en tan altivo vuelo.

Oye la voz de Floro y Columbano,
Mancebos ambos y en cantar iguales,
Léjos de la ciudad y de su estruendo,
Cuando, dejando perlas y corales
Del regazo de Tétis soberano,
Iba su luz al campo el sol volviendo;
Ellos, ya apeteciendo
Los delicados sonos
De Mopsos, Coridones,
Olimpios, Tirsis, Títiros, Alcinos,
Ya el trato honesto y los favores finos
De Fléridas, Nerinas, Galateas,
Coloquios peregrinos
Así entablan de rústicas ideas.

ÉGLOGA.

COLUMBANO, FLORO, POETA.

COLUMBANO.

Libre ya, Floro, de la noche fria,
Tregua gustosa del tragin humano,
Vengo á buscar tu dulce compañía.

FLORO.

El cielo aquestos ocios, Columbano,
Nos quiso conceder; ¿cuánto debieran
Estimarse los dones de su manol
¡Oh, si sus propios bienes conocieran,
Una y mil veces rústicos dichosos!
Ira y envidia su quietud no alteran.

No hay aquí cortesanos mentirosos,
Ni la semilla vil de aduladores
Inficiona los prados abundosos;
Ni en aquesta república de flores
Mil corazones llenos de vileza
Son del oro y la plata adoradores;
Se desconoce el lujo y la torpeza;
Ni el vano funda torres en el viento,
Ni el pródigo disipa su riqueza,
Ni teme su caída el valimiento,
Ni es la impiedad escándalo del mundo;
Reinan sólo el reposo y el contento.

COLUMBANO.

Yo desperté del sueño más profundo
Cuando dejé la córte y sus engaños
Por aqueste sosiego sin segundo.

¡Oh suerte injusta, que en pasados años
Me arrebataste el bien que idolatraba!
¡Oh esposa amada, oh pobres desengaños!
Cuando en tan dulce posesion estaba,
De todo lo demas vivi ignorante;
Que todo lo demas me fastidiaba.

A ella rendido el corazón amante,
Ni conocí otras leyes que su gusto,
Ni otro gusto encontré que ser su amante,
Mas ¡oh disposición del cielo justo!
La Parca á su belleza soberana
Se atrevió, fiera, en su verdor robusto.

Cortó, cruel, aquella flor temprana,
Más hermosa que fértil primavera,
Más grata que el frescor de la mañana,
Yo me enajeno, y como el ave ó fiera

(12) Don Vicente García de la Huerta, en sus endecasílabos *Al bombardeo de Argel*, año de 1785.

(13) El mismo, en su soneto al nacimiento de los serenísimos señores infantes gemelos don Carlos y don Felipe, en el mismo año.